

## *La Ultima Cena. Escuela veneciana, siglo XVI*

### I

Al terminar mi *Ultima Cena*,  
trece metros por cinco y medio,  
monstruosa tarea, pero bastante bien pagada,  
surgieron las preguntas de siempre:

¿Qué significan todos estos extranjeros  
con sus alabardas? Visten  
como herejes, o como alemanes.

¿Le parece normal  
pintar a san Lucas  
con un palillo de dientes en la mano?

¿Quién le metió en la cabeza la idea  
de sentar moros, borrachos y payasos  
a la mesa de Nuestro Señor?

¿Hemos de soportar a un perro  
olfateando, a un enano con una cotorra  
y a un mameluco sangrando por la nariz?

Señores míos, dije, he inventado  
todo esto para mi propio placer.

Pero los siete jueces de la Santa Inquisición,  
dejando ondear al viento sus túnicas de seda roja,  
murmuraron: No nos convence.

### II

Sí, he pintado cuadros mejores,  
pero ese cielo muestra colores  
que no encontraréis en ningún cielo  
que no haya sido pintado por mí;  
me complacen estos cocineros

con sus largos cuchillos de carnicero,  
y estos hombres vestidos con capuchas  
adornadas de piel, con penachos  
de plumas de garza,  
con turbantes tachonados de diademas  
y perlas; y qué decir  
de la gente embozada,  
subida a los techos más distantes  
de mis palacios de fachada de alabastro,  
recostadas en los parapetos a una altura de vértigo.  
No sé lo que buscan. Pero no os miran a vosotros,  
ni tampoco a los santos.

### III

Os lo he dicho una y otra vez:  
No hay arte sin placer.  
Esto es cierto hasta en las interminables crucifixiones,  
los diluvios y las matanzas de inocentes  
que me pedís que ejecute,  
no puedo imaginar por qué.  
De modo que cuando los suspiros de los críticos,  
las sutilezas de los inquisidores  
y las pesquisas de los escribas  
fueron demasiado para mí,  
rebauticé mi *Ultima Cena*  
y decidí llamarla  
*Una cena en casa del Señor Levi.*

### IV

Espera y verás quién tiene la última palabra.  
Toma mi *Santa Ana con la Virgen y el Niño*, por ejemplo.  
No es un tema muy divertido.

Pero debajo del trono,  
en el piso de mármol bellamente decorado  
de un rosado arenoso, negro y malaquita,  
coloqué, a modo de gracia redentora,  
una tortuga de ojos vidriosos,  
patas elegantes y un escudo  
de carey casi translúcido.

Maravillosa idea.

Resplandecía bajo el sol como una enorme peineta  
de concha perfectamente arqueada,  
color topacio.

#### V

Pero en cuanto la vi arrastrándose,  
pensé en mis enemigos.

Los galeristas balbuceando,  
los profesores de arte silbando,  
y los pedantes eructando.

Antes de que los parásitos tuvieran oportunidad  
de explicármela,

tomé mi pincel

y sepulté a mi criatura

bajo unas discretas losas

de mármol negro, verde y rosado.

*Santa Ana* no es mi obra más famosa,

pero tal vez sea la mejor.

Nadie más que yo sabe por qué.